
CANTO QUINTO.

Primeras discordias entre los cristianos.
Mata Reynaldo á Gernando y se destierra voluntariamente.—Armida se parte
contenta, llevándose gran número de caballeros.

I

Miéntras los caballeros así tiene
Perdidos por su amor Armida artera
Y á los diez concedidos no se atiene,
Que otros muchos llevarse á hurto espera,
Piensa Gofredo á quién fiar conviene
La empresa audaz que á bien la condujera.
Son tantos los de mérito eminente,
Que uno elegir podrá difícilmente.

II

Juzga al fin que será más acertado
Que entre ellos mismos un caudillo elijan,
Sucesor de Dudon el esforzado,
Para que por sus órdenes se rijan.
Evita así prudente y recatado,
Que reproches ó quejas le dirijan;
Y á un tiempo demostrarles así puede
El gran valor que á cada cual concede.

III

Llámalos, pues, y dice: "Habeis oido
 " La manera en que á Armida dí respuesta,
 " Que sin negar la ayuda que ha pedido,
 " La otorgo sólo en ocasion dispuesta;
 " Que en ella mediteis de nuevo os pido:
 " Podréis seguirla aunque á la vuestra opuesta.
 " Mudanzas tiene el mundo á cada instante
 " En que cambiar de idea es ser constante.

IV

" Mas si pensais que mal se compadezca
 " Con vuestra honra excusar peligro alguno,
 " Y el consejo que á mí mejor parezca
 " Vuestro ardiente valor juzga importuno,
 " Estorbos no temais que á nadie ofrezca
 " Mi autoridad. No detendré á ninguno,
 " Ni mi oferta retracto. Mis mandatos
 " Quiero que siempre halleis leves y gratos.

V

" Así, el partir ó no ya es convenido
 " Que á vuestra voluntad y arbitrio queda;
 " Mas que un jefe elijais siempre es debido,
 " Que en vuestro mando al que murió suceda,
 " Y nombre diez conforme á lo ofrecido,
 " Mas de los diez el número no exceda.
 " En esto sí mi autoridad impongo,
 " Aunque otras restricciones no vos pongo."

VI

Así dice Gofredo, y su pariente
 Contesta, de los otros con acuerdo:
 " Si debes tú, cual general prudente,
 " Frio prever y aconsejarnos cuerdo,
 " Que nuestro ardor retardos no consiente
 " Ni nuestro arrojo estorbos, te recuerdo;
 " Y lo que en tí prudencia y calma fuera,
 " Cobardía en nosotros pareciera.

VII

" Y pues el riesgo es corto, comparado
 " Con la alta prez que todo contrapesa,
 " Los diez conforme tienes otorgado,
 " Vayan con la doncella á la ardua empresa."
 Concluyó así, con ánimo doblado
 Ocultando el afan que en él no cesa.
 Que honor los mueve todos aparentan,
 Mas deseos de amor tan sólo alientan.

VIII

El más jóven Bullon, que há tiempo mira
 A Reynaldo con ánimo celoso,
 Cuyo valor envidia aunque le admira
 Que más realza el continente hermoso,
 Su compañía no quiere, que le inspira
 Recelo el pensamiento cauteloso
 De que sea su rival. Llámale aparte
 Y lisonjero, así le habló con arte:

IX

" Oh de gran padre hijo aun más glorioso,
 " Que tanta prez mancebo has alcanzado,
 " ¿Quién electo será que el valeroso
 " Escuadron mande en que hemos militado?
 " Yo que á Dudon apénas, respetuoso
 " Por su edad pude obedecer de grado,
 " Ora á tí sólo, hermano de Gofredo,
 " A otro alguno jamas el mando cedo.

X

" A tí que igualas la mejor nobleza;
 " A quien tener por superior es llano,
 " Y á quien no desdeñara en gentileza
 " Menor llamarse aun mi mayor hermano,
 " Por capitán elijo y por cabeza
 " Si de Armida en favor no tomas mano:
 " No creo que honra esperes de aventura
 " Que ha de encubrirse con la noche oscura.

XI

" Ni lugar ni ocasion faltarán donde
 " Con mejor fama tu valor se pruebe.
 " Si lo aceptas, haré cual corresponde
 " Que el honor se te dé que se te debe;
 " Mas como fijamente no sé adónde
 " Mi irresoluto corazon me lleve,
 " Pido que mi querer sólo decida
 " Si he de seguirte ó si acompaño á Armida."

XII

Aquí calló, y los últimos acentos
 No sin algun sonrojo proferia.
 Sus mal ocultos vivos pensamientos
 Ve el otro, que en silencio sonreía,
 Y como del amor golpes más lentos
 Su corazon apenas resentia,
 No hace de aquellos celos mucha cuenta,
 Pues él á Armida acompañar no intenta.

XIII

Lo que siempre en su mente está constante
 Grabado, es de Dudon la muerte amarga;
 A mengua tiene que el feroz Argante
 Con su triunfo se goce en vida larga;
 Gozoso mira la ocasion delante
 De la venganza honrosa, y ya le embarga
 El jóven corazon la excelsa gloria
 Que espera ha de alcanzar con la victoria.

XIV

Responde así: "Los puestos levantados
 " Más merecer que conseguir deseo,
 " Ni porque sienta brios alentados,
 " De trono y cetro digno ya me creo;
 " Mas si el honor nos llama, sus dictados
 " Cómo pueda eludir tampoco veo;
 " Y gran contento me dará una muestra
 " De que honra mi valor la opinion vuestra.

XV

" Ni la eleccion desdeño ni la pido;
 " Si la obtengo, serás de los electos."
 Déjale Eustacio, y váse decidido
 A ganar de los otros los afectos.
 Mas tambien busca el mando apetecido
 Gernando, y aunque siente los efectos
 De amor, más que las gracias de una dama
 La ambicion del honor su pecho inflama.

XVI

Es éste de los reyes descendiente
 De Noruega en dominios dilatados,
 Y de altanero orgullo henchirse siente
 Por los tronos y cetros heredados.
 Fia Reynaldo en sus hechos solamente,
 No en los de sus mayores esforzados,
 Aunque cien lustros célebres ya fueron
 Por hazañas que en paz y en guerra hicieron.

XVII

Como el noruego en su soberbia crea
 Que sólo imperio ú oro valor tiene,
 Y despreciable la virtud le sea
 Si un título real no la sostiene,
 Se indigna si lo mismo que él desea
 A disputarle un ménos grande viene.
 Razon no hay á quien su enojo atienda
 Y de ira al furor suelta la rienda.

XVIII

Luego el maligno espíritu de averno
 Que ve la senda abrírsele espaciosa,
 Se desliza en su seno, y del gobierno
 Se apodera del alma impetüosa:
 Halaga su altiveza, su odio interno,
 Contra el rival aviva en sed rabiosa,
 Y una voz interior en él suscita
 Que razonando así le solicita:

XIX

“ Contigo competir Reinaldo intenta.
 “ ¿Tánto valen sus nobles ascendientes?
 “ Si á tí igualarse quiere, traiga á cuenta
 “ Sus pecheros, vasallos y sirvientes;
 “ Su reino muestre, el trono en que se asienta,
 “ Su alto linaje en muertos y en vivientes.
 “ Oh cuánto osa un señor de bajo estado
 “ En Italia la esclava procreado!

XX

“ Venza ó sucumba, su renombre afianza
 “ Sólo con que por tu émulo se tuvo;
 “ Que dirá el mundo (y es harta alabanza):
 “ Con Gernando la lucha ese sostuvo.”
 “ De gloria y de esplendor daba esperanza
 “ El noble grado que Dudon obtuvo;
 “ Mas cuando aquel en prez á tí se iguale,
 “ Lo pedido por él ya ménos vale.

XXI

“ Y si el que ya no habita en este suelo
 “ De lo que en él hacemos algo siente,
 “ Creer se debe que estará en el cielo
 “ El buen viejo Dudon de ira ardiente,
 “ Al ver que este soberbio rapazuelo
 “ Tan alta cosa conseguir intente,
 “ Y el mérito y la edad dando al olvido,
 “ Con él á compararse es atrevido.

XXII

“ Y se atreve, y lo intenta, y le reporta
 “ Su audacia, en vez de pena, honra no leve,
 “ Y hay quien le da consejo y quien le exhorta,
 “ (¡Oh vergüenza comun!) y aun quien le apruebe;
 “ Mas si sabe Gofredo, y lo soporta,
 “ Que te defraude lo que á tí se debe,
 “ Tú no lo sufras, ni ofendido quedas:
 “ Antes quién eres muestra y lo que puedes.”

XXIII

De estas voces al són su ira se exalta,
 Cual tea sacudida más se enciende:
 Ya donde quepa corazon le falta,
 Y por la lengua y ojos se desprende;
 Que Reinaldo igualar quiera su alta
 Condicion, le exaspera y le sorprende.
 Loco, soberbio y vano le apellida
 Y á su valor audacia desmedida.

XXIV

Cuanto la gente en él loa y aclama
 De magnánimo, ilustre y generoso,
 Artero, la verdad torciendo, llama
 Ciega temeridad, orgullo odioso.
 Tánto habla y tan alto, que la fama
 Lo lleva hasta Reynaldo valeroso;
 Mas no por eso aquel la ira modera
 Que á la muerte le arrastra que le espera.

XXV

El vil demonio que su lengua mueve
 Y que en su pecho atiza odio violento,
 El ultraje le hace que renueve
 Y á su pasion furiosa da alimento.
 Hay del campo un espacio no muy breve
 Donde suelen juntarse, con intento
 De ejercitar las armas, los mejores
 De los soldados, jefes y señores

XXVI

Cuando era allí mayor la concurrencia,
 De Reynaldo profaza; que no advierte
 Que allí está. Con amarga virulencia
 El veneno infernal su lengua vierte;
 Oyele el ofendido, y la violencia
 No pudiendo enfrenar de la ira fuerte,
 Le grita “¡mientes!” y se lanza fiero,
 Ya desnudo en su mano el limpio acero.

XXVII

Cual trueno fué la voz, brilló la espada
Como el lampo que anuncia rayo ardiente;
Tiembra aquel, mas la fuga ve cerrada
Para evitar la muerte que presente;
Le avergüenza la turba allí apiñada
Y quiere ante ella aparecer valiente;
Puesto en defensa ya, la espada saca
Y al enemigo espera que le ataca.

XXVIII

En un punto mil rápidos aceros
Reverberan la luz del claro día;
Que multitud inmensa de guerreros
De Gernando en defensa allí acudia.
Confusas voces, altos gritos fieros
Vibrando el aire en torno repetía,
Como en el mar se oye cuando el viento
Las olas alza con fragor violento.

XXIX

Mas no por ese estruendo se retiene
De Reynaldo ofendido ya la ira;
Por cuanto el paso á embarazarle viene
Furioso rompe, que á vengarse aspira:
La armada multitud en nada tiene;
Su fulminante acero en torno gira;
Solo, y de mil contrarios á despecho,
Con Gernando se encuentra pecho á pecho.

XXX

Su mano, aun en la cólera maestra,
Mil golpes contra él tira y comparte;
El pecho, la cabeza, la siniestra
Herir procura ó la derecha parte;
Impetüosa y rápida su diestra
La vista engaña, desconcierta el arte;
Veloz se alza ó de improviso baja,
Y donde no se espera hiere ó taja.

XXXI

Ni cesa ántes que el seno de Gernando
Una vez y otra vez su espada hiera.
De pechos cae el mísero, exhalando
La vida y alma por la herida fiera.
El acero aún la sangre chorreando,
Envaina el vencedor y más no espera:
A otra parte se vuelve con sosiego
De su cólera ya calmado el fuego.

XXXII

Del tumulto Gofredo allí llevado,
Ve de improviso la horrorosa escena:
Yace Gernando el pecho ensangrentado,
Roto el manto, la faz de muerte llena;
Gritos, suspiros, llanto desatado
Oye que del guerrero en torno suena.
Asombrado pregunta qué atrevido
Tanto osó donde es ménos permitido.

XXXIII

Arnaldo, á quien el muerto bien queria,
Cuenta (y el caso al referirlo agrava)
Que le mató Reynaldo á sangre fria
Por ligera ocasion, cual bestia brava,
Y que la espada que por Dios ceñía,
Contra un campeón de Dios así empleaba,
La autoridad burlando y el respeto
Del bando, que para él no era un secreto;

XXXIV

Que es reo de muerte por la ley y debe
El castigo sufrir que ha merecido;
Que si grave es el crimen por aleve,
Lo es más por donde fuera cometido;
Si perdon se le diere ó pena leve,
A cada uno el ejemplo hará atrevido
A que á vengar su agravio se demande
Y nadie ya en justicia lo demande,

XXXV

Procediendo de tales ocasiones
 Odios que tarde ó nunca se concierten.
 Del muerto elogia luego las acciones,
 Para que enojo ó compasion despierten.
 Habla despues Tancredo: sus razones
 Que el reo justa causa tuvo advierten.
 Gofredo oye, y su rostro á quien le mira,
 Más de temor que de esperanza inspira.

XXXVI

Tancredo agrega: "Luego tén presente,
 "Señor, quién es Reynaldo y lo que vale,
 "El honor que á él se debe justamente
 "Y á la estirpe real de donde sale,
 "Y á Güelfo su buen tio. No es prudente
 "Que tu castigo á todos nos iguale;
 "La culpa, leve en uno, en otro es grave,
 "Y pena igual sólo entre iguales cabe."

XXXVII

Responde el capitan: "De los mayores
 "Aprenden los más bajos la obediencia:
 "Yo tus consejos tengo por errores
 "Que alientan de los grandes la licencia.
 "¿Cuál es mi autoridad si á los menores
 "Manda y corrige sólo? En mi conciencia
 "Que un poder á esos términos sujeto
 "No quiero por risible é incompleto;

XXXVIII

"Más libre y respetable me fué dado
 "Y á nadie limitármele consiento;
 "Sé cómo y cuándo debe ser usado,
 "Ya premio repartiendo, ya escarmiento,
 "Ya igualando las penas, ya al estado
 "Del delincuente y á su culpa atento."
 Así dice, y Tancredo no repone,
 Vencido del respeto que le impone.

XXXIX

Raymundo, admirador de la severa
 Antigüedad, su decision alaba,
 Dice: "Con arte tal quien bien impera
 "El respeto en sus súbditos recaba.
 "Si justa pena ó premio no se espera,
 "La disciplina y obediencia acaba;
 "Cae el gobierno, y vicio es en la esencia
 "Si la justicia agravia, la clemencia."

XL

Así habla; Tancredo que le escucha
 Más no espera ni un punto se detiene,
 Antes revuelve con presteza mucha
 Su corcel que parece que alas tiene;
 Busca á Reynaldo que de aquella lucha
 En que venció para su tienda viene,
 Allí le habla y le da menuda cuenta
 De lo que pasa, se habla y se comenta.

XLI

Y añade: "Aunque no creo que el semblante
 "Sea del corazon testigo cierto;
 "Que en lugar muy profundo y muy distante
 "Del hombre el pensamiento está encubierto,
 "Afirmar puedo que señal bastante
 "Dió el capitan é indicio nada incierto
 "De cual reo comun querer tratarte
 "Y á su poder en todo sujetarte."

XLII

Reynaldo sonrió. Su rostro hermoso
 Tras la risa la cólera estremece.
 "Consienta entrar á cepo bochornoso
 "Quien siervo es y siervo ser merece;
 "Libre nació y viví, y morir glorioso
 "Antes que vivir preso me parece.
 "Esta diestra á lidiar acostumbrada
 "Y á triunfar, no ha de verse encadenada.

XLIII

" Mas si así mis servicios recompensa
 " Gofredo, y á vil cárcel reducirme
 " Pretende, á mi hidalguía haciendo ofensa,
 " Y con reos plebeyos confundirme,
 " Mande ó venga á prenderme; mi defensa
 " Fio á las armas y á mi brazo firme.
 " Triste tragedia hará que represente
 " Para solaz de la enemiga gente."

XLIV

Dijo y las armas pide. En la cabeza
 Y el pecho viste acero reluciente;
 El grande escudo embraza con presteza,
 La buena espada al lado ya pendiente.
 Armado así, deslumbra su belleza
 Como del sol un rayo refulgente;
 Marte parece, que alentando guerra
 Del cielo baja á la asolada tierra.

XLV

Su corazon y su ánimo exaltado
 Tancredo en tanto sosegar procura.
 Dice: "A tu esfuerzo, jóven denodado,
 " Es fácil toda empresa áspera y dura,
 " Y entre las armas tu valor probado
 " Sé que victoria siempre te asegura;
 " Mas Dios no quiera que hoy por caso extraño
 " Cruelmente se emplee en nuestro daño.

XLVI

" Dí ¿qué intentas hacer? ¿Querrás las manos
 " Con sangre propia tuya ora mancharte,
 " Y al herir sin razon á los cristianos
 " A Cristo herir de quien son ellos parte?
 " De pasajero honor respetos vanos
 " Que cual ola del mar llega y se parte,
 " ¿Podrán contigo más que la fe y celo
 " De la gloria que eterna guarda el cielo?

XLVII

" ¡No por Dios! Vence tu ánimo y domina
 " Ese feroz, soberbio sentimiento.
 " Cede, no por temor, por la divina
 " Voluntad, con mayor merecimiento;
 " Y si de otro el ejemplo algo te inclina,
 " Sigue el que yo, aunque mozo, te presento,
 " Que cual tú provocado, reprimirme
 " Supe y no con los nuestros combatirme.

XLVIII

" Gozaba yo la tierra de Cilicia
 " Y juntando me hallaba la Cruzada,
 " Cuando llegó Balduino, y su malicia
 " La ocupó y la mantiene aún usurpada;
 " Como amistad fingia, su codicia
 " Yo conocer no pude solapada,
 " Y por no usar las armas en la empresa,
 " Recobrar no intenté la injusta presa.

XLIX

" Si de la cárcel quieres libertarte
 " Que deshonrosa juzgas, todavía
 " Del mundo á la opinion puedes plegarte,
 " Y á las leyes que acepta la hidalguía.
 " Déjame aquí, que yo sabré excusarte,
 " Y á Bohemundo busca en Antioquía;
 " Que á soportar el ímpetu primero
 " Te ayudará, de su prudencia espero.

L

" Pronto al frente las huestes miraremos
 " De egipcios ú otro ejército pagano,
 " Y entonces tu valor y brío extremos
 " Se extrañarán teniéndote lejano.
 " Sin tí el campo cual cuerpo estimaremos
 " A quien se haya cortado brazo ó mano."
 Llega aquí Güelfo y el consejo aprueba,
 Y le insta á que de allí luego se mueva.

LI

A ruegos tales, la indignada mente
Del fogoso mancebo se doblega,
Y del campo á partirse prontamente,
Como aquellos le piden no se niega.
Concurre en tanto mucha amiga gente,
Y cada cual por que le lleve ruega.
Él lo agradece, que le sigan deja
Dos escuderos solos, y se aleja.

LII

Abrásale una sed de gloria inmensa
Que el corazon alienta á grandes cosas:
Sólo en empresas nunca vistas piensa
Y en hazañas obrar maravillosas:
Lanzarse al enemigo, y en defensa
De la fé, palma ó tumba hallar gloriosas,
El Egipto asolar y llegar donde
Su nunca hallada fuente el Nilo esconde.

LIII

En cuanto Güelfo ve que el animoso
Jóven se aleja en rápida carrera,
Allí no pára: corre presuroso
Adonde al capitan hallar espera;
Este al verle, la voz alza afanoso
Y dice: "Al punto llegas que quisiera,
"Pues mandaba por una y otra parte
" Mis heraldos que fueran á buscarte.

LIV

A los otros retira, y en secreto
Así prosigue: "Güelfo, ciegamente
" Tu sobrino sin freno, sin respeto,
" A la ira se entrega, y cuando intente
" Su arrebató excusar, ningun discreto
" Absolverle podrá por inocente.
" Pésame de la pena del mancebo,
" Mas á todos igual mostrarme debo.

LV

" De la ley he de ser y del derecho
" Custodio fiel y defensor constante,
" Siempre en mis juicios conservando el pecho
" De pasión libre, de justicia amante;
" Si Reynaldo al violar con feroz hecho
" La disciplina y bando terminante,
" Con causa obró cual dicen, aquí atienda,
" Y ante mí con razones se defienda.

LVI

" Por sí venga y se entregue prisionero.
" Esto que puedo otorgaré en su gracia;
" Mas si resiste hosco y altanero,
" (Que tanto cabe en su indomable audacia),
" Que tú le exhortes y conduzcas quiero,
" Y no á obligarme vaya por desgracia
" A obrar contra mi gusto con dureza,
" Por guardar el derecho en su entereza."

LVII

Calló Gofredo, y Güelfo le contesta:
" Alma de infamia libre, no podía
" Voces oír de injuria manifiesta
" Sin rechazarla al punto que la oía.
" Si dió al ultraje muerte por respuesta,
" ¿Quién su ira justa condenar podría?
" ¿Quién ardiendo la lid modera y mide
" Los golpes que el vengar la ofensa pide?

LVIII

" En cuanto ordenas tú que al soberano
" Arbitrio tuyo venga á sujetarse,
" Que ser no pueda sientó, pues lejano
" Del campo en este punto ha de encontrarse;
" Mas yo ofrezco probar con esta mano
" Al que á acusarle quiera presentarse,
" O á quien mueva en su contra procaz labio,
" Que él con justicia vindicó su agravio.

LIX

“Digo que con razón mató á Gernando
 “Y á su soberbia dió justo castigo;
 “Si en algo erró, fué en olvidar el bando;
 “Pésame de ello y que hizo bien no digo.”
 Replicale Gofredo: “Vaya errando
 “Y otras partes revuelva; mas contigo
 “Otras riñas no intentes que se traben,
 “Antes los odios ya, por Dios, acaben.”

LX

De allegar más auxilios entretanto
 La artificiosa Armida no cesaba.
 El día entero ruega, y usa cuanto
 De arte, ingenio y belleza la adornaba.
 Luego, cuando ya extiende el negro manto
 La noche, al pabellon se retiraba
 Con los dos caballeros que traía
 Y dos damas que la hacen compañía.

LXI

Mas aunque en engañar maestra fuera,
 De gracias llena y discrecion que encanta,
 Y tan bella que acaso otra no hubiera
 Creado el cielo de belleza tanta,
 Y su amor á los héroes conmoviera
 Más esforzados de la empresa santa,
 No pueden sus halagos y atractivo
 De Gofredo rendir el pecho esquivo.

LXII

Quiere en vano hechizarle y con dulzura
 Mortal, llevarle á la amorosa vida;
 Él, cual ave saciada que no cura
 Del cebo que engañoso la convida,
 Del mundo hartó y del placer, procura
 Sólo buscar del cielo la subida;
 Y las redes que Amor de armarle trata
 Con la hermosura, rompe y desbarata.

LXIII

No de la via ha de torcer las huellas
 Que Dios le traza y él sigue constante.
 Ella gracias sin fin, mil formas bellas,
 Lindo Proteo, pónelo delante,
 Y de su amor pudieran las centellas
 Duro hierro fundir, roca y diamante;
 Mas invencible auxilio sobrehumano
 Hace su esfuerzo todo, salir vano.

LXIV

La hermosa maga, que creyó imposible
 Que el más casto resista su mirada,
 De ira llena y de despecho horrible
 Está, de aquel desden maravillada:
 Resuelve al fin á un pecho más sensible
 O ménos firme procurar la entrada,
 Cual sitiador que un fuerte inexpugnable
 Abandona por otro practicable.

LXV

A Tancredo tentó; mas igualmente
 Le halló contra sus armas prevenido:
 De otro deseo llena ya su mente,
 A nuevo amor no da lugar cumplido.
 Como un veneno de otro diferente,
 Así un amor es de otro repelido.
 A estos dos no rindió: los otros todos
 Prendados tiene por distintos modos.

LXVI

Aunque enojo la causa que su empresa
 En parte alguna sólo esté lograda,
 Habiendo hecho noble y rica presa
 De héroes, se siente á medias consolada,
 Y ántes que haya pasado la sorpresa,
 Llevarlos quiere á parte asegurada,
 Donde á dura cadena los sujete
 Que más y más su esclavitud apriete.

LXVII

Llegado el día ya que se debiera
 Darle el auxilio que le fué otorgado,
 Va á Gofredo y le dice la hechicera:
 " Señor, hé aquí que el plazo es ya llegado;
 " Si por acaso aquel tirano oyera
 " Del generoso auxilio por tí dado,
 " Redoblará su esfuerzo en defenderse,
 " Y más árdua la empresa vendrá á hacerse.

LXVIII

" Así, que ántes que sea en sus oídos
 " La nueva, por la fama ó por espía,
 " Por tu bondad los héroes elegidos
 " Haz que conmigo partan este día;
 " Que si no son del cielo combatidos
 " Tu noble obrar y la inocencia mia,
 " Mi reino cobraré, y aquella tierra
 " Tendrás por tributaria en paz y en guerra."

LXIX

Dice así. De Gofredo la cordura
 No le niega lo que ántes prometiera,
 Y como su partida ella apresura,
 Forzoso es ya que la eleccion se hiciera.
 Cada cual con afán insta y procura
 Que entre los diez su nombre se incluyera;
 Y aquella emulacion que en ellos mira
 Mayor recelo al Capitán inspira.

LXX

Ella, que arder de amor los corazones
 Mira, con eso cobra nuevo aliento,
 Y más y más enciende sus pasiones,
 Dándoles de los celos el fomento.
 Sabe que amor decae en ocasiones
 Si no le aguijan, perezoso y lento,
 Como el caballo en su carrera cede
 Cuando otro no le sigue ó le precede.

LXXI

Favores repartir procura iguales;
 Mirada el uno, otro sonrisa alcanza;
 Envidia cada cual á sus rivales,
 Mas júntase á la envidia la esperanza.
 La loca turba de amadores tales
 Que alegra ó entristece una mudanza,
 Sin freno ni vergüenza á nada atiende,
 Y en vano el buen Gofredo los reprende.

LXXII

Como igual para todos ser desea
 Y al uno más que al otro no se inclina,
 Aunque tal vez se indigne cuando vea
 Cómo cada cual de ellos desatina
 Y el acordarlos imposible crea,
 Un modo de concierto determina;
 Y es que escritos los nombres, en un vaso
 Se pongan y sorteen al acaso.

LXXIII

Las cédulas segun fuera acordado,
 En una urna pequeña se pusieron.
 Del Conde Artemidoro fué sacado
 Primero el nombre; por segundo oyeron
 El del noble Gerardo proclamado;
 Luego el de Vimilao salir vieron,
 Que grave ántes y de buen consejo,
 Hoy con canas delira, amante viejo.

LXXIV

¡Cómo en los ojos brilla y el semblante
 El placer que los pechos les inunda
 De los tres que salieron por delante,
 Cuyos deseos el amor secunda!
 Los otros de la suerte vacilante
 Penden con emocion fuerte y profunda,
 Y ninguno los ojos fijos quita
 Del que saca los nombres y los grita.

LXXV

Cuarto el de Gualco pronunciar se oía,
 Ridolfo luego y Olderico viene;
 A éstos Guillermo Roncillon seguía;
 Tras Eberardo, Enrico el lugar tiene;
 Es Rambaldo el postrero, que algun día
 Su fe en apostatar no se detiene;
 ¿Tanto en él pudo Amor? Aquí se acaba
 La suerte que los diez ya completaba.

LXXVI

Los otros de ira, envidia y celo ardientes,
 Lllaman á la fortuna injusta y ciega
 Y te culpan, oh Amor, pues lo consientes,
 De que en tu imperio su poder desplega.
 Como es de instinto en las humanas mentes
 Que más desean lo que más se niega,
 Muchos resuelven el seguir á Armida
 Y de la noche esperan la caída.

LXXVII

A doquiera ella vaya es ir su intento,
 Y en su favor lidiando dar la vida.
 Ella lo advierte, y con suave acento
 Y cortados suspiros los convida;
 Y á éste y al otro muestra sentimiento
 De que sin él se haga la partida.
 Se arman los diez en tanto y se despiden,
 Y á Gofredo, corteses, vénia piden.

LXXVIII

Los amonesta él prudente en todo:
 Cuánto es la fe pagana incierta y leve,
 Qué prenda tomar pueden, de qué modo
 Huirán el daño y la traicion aleve;
 Mas sus palabras caen en el lodo,
 (¿Quién vió que Amor del sabio hablar se lleve?)
 Y los despide al fin. La aventurera
 La nueva luz para partir no espera:

LXXIX

Vencedora y ufana, á los rivales
 Cual en triunfo delante de sí lleva,
 Y lamentando sus soñados males,
 Deja de amantes una turba nueva.
 Como ántes de las luces matinales
 En silencio sus cautos pasos mueva,
 Muchos por el amor de la doncella
 Secretamente salen en pos de ella.

LXXX

Es Eustacio el primero, que impaciente
 Esperar nuevas sombras no quería,
 Y va donde le lleva ciegamente
 Por las ciegas tinieblas ciego guía.
 Pasa errando la noche inciertamente,
 Y cuando ya brillaba el claro día,
 Armida con los suyos le aparece
 Donde una aldea albergue les ofrece.

LXXXI

Luego á ella se dirige. Por la enseña
 Le conocé Rambaldo, que le grita
 Allí qué busca ó qué á venir le empeña.
 “A ir con Armida mi valor me incita,
 —Dice—“y si mi servicio no desdeña,
 “De uno más pronto ó fiel no necesita.”
 Replica el otro: “¿quién á tanta hazaña
 “Te eligió?”—Y él: “Amor que me acompaña.”

LXXXII

“A mí me elige Amor, á tí Fortuna,
 “¿Quién elector más justo te parece?”
 —Dice Rombaldo: “Sin razon alguna
 “Tu arte y título aprecio no merece,
 “Ni á la real doncella es oportuna
 “Tu intrusa ayuda que mezclarse ofrece
 “A la nuestra legítima.” “Y—repone
 El animoso jóven—¿quién se opone?”

LXXXIII

“Yo soy quien lo prohíbe.”—aquel contesta,
 Y al decirlo, feroz se le abalanza;
 Con furia no menor ó ménos presta
 Y con igual denuedo, el otro avanza.
 Aquí la mano extiende entre ellos puesta
 La que tiene sus almas en balanza;
 A uno dice: “No tomes por ofensa
 “Que uno más te acompañe en mi defensa.

LXXXIV

“Si deseas mi bien, ¿por qué me niegas
 “Nueva ayuda en desdicha tan crecida?”
 Dice al otro: “Oportuno y grato llegas,
 “Defensor de mi fama y de mi vida;
 “Si á mi servicio tu valor entregas,
 “Razon es que lo acepte agradecida.”
 Dice, y á cada instante ve contenta
 Que algun nuevo adalid se le presenta.

LXXXV

Quién de aquí, quién de allí se le aparece,
 Cada uno á los otros ve con celo,
 A todos ella acoge, y aun parece
 Que cada cual le da gozo y consuelo.
 Nota Gofredo apenas amanece
 Que han partido, y le asalta cruel recelo;
 Que del futuro présaga su mente
 Muy graves males con afan presente.

LXXXVI

Cuando en esto pensaba, un escudero
 Llega anhelante, ansioso, apesarado,
 Como de tristes nuevas mensajero,
 Que en el rostro el dolor lleva pintado.
 Dice: “Pronto, señor, el mar entero
 “De Egipto la gran flota habrá ocupado;
 “Ese aviso Guillermo darte manda
 “Que las naves de Génova comanda.”

LXXXVII

Cuenta luego que siendo conducidos
 De las naves al campo bastimentos,
 En medio del camino, prevenidos
 Hallaron á su marcha impedimentos.
 Sin salvar uno, muertos ó rendidos
 Los conductores fueron en momentos
 Por árabes ladrones, que en estrecho
 Valle, atacaron por espalda y pecho.

LXXXVIII

Que extremas son la audacia y la osadía
 De aquella tribu bárbara y errante
 Que á guisa de torrente se extendía,
 Sin que algun dique su ímpetu quebrante;
 Y para escarmentarlos convendría
 Que un cuerpo de guerreros se adelante,
 Y asegure un camino por la playa
 Que desde el mar á Palestina vaya.

LXXXIX

De boca en boca pasan los rumores;
 La nueva por el campo aprisa cunde,
 Y de hambre que amenaza, mil temores
 De los soldados en el vulgo infunde.
 El capitan, que ve que aun los mejores
 Acobarda la voz que se difunde,
 Con fuertes dichos y con faz contenta
 Darles tranquilidad y ánimo intenta.

XC

“Vosotros que conmigo habeis sufrido
 “Peligros mil y afanes por doquiera,
 “Paladines de Dios, y habeis sabido
 “Sostener la fe santa verdadera,
 “Vencer al persa y griego fementido,
 “Sierras pasar y mar airada fiera;
 “Que hambre terrible y sed devoradora
 “Ya soportásteis, ¿qué temeis ahora?”

XCI

"Pues qué, ¿el Señor que nos dirige y mueve
 "Y de más duro caso os ha salvado,
 "No os sostiene? ¿Hay alguno que se atreve
 "Su clemencia á dudar desconfiado?
 "Ya con placer recordaréis en breve
 "Vuestras penas y el voto desatado:
 "Sufrid ora animosos, os lo ruego,
 "Y á la gloria os guardad que vendrá luego."

XCII

Con estas voces las turbadas mentes
 Calma y con rostro plácido y sereno;
 Mas cuidados agudos y dolientes
 Ocultamente bullen en su seno:
 Cómo ha de mantener á tantas gentes
 En la escasez, piensa de angustia lleno;
 Cómo la armada egipcia derrotara
 Y á los ladrones árabes domara.

FIN DEL CANTO QUINTO.

CANTO SEXTO.

Desafío de Argante. Su combate con Tancredo, interrumpido por la noche.
 Va la enamorada Herminia al campo de los cristianos.

I

Están con más tranquilos corazones
 Los sitiados, y su ánimo seguro,
 Que sobre las que guardan, provisiones
 De la noche reciben en lo oscuro:
 Armas tienen, pertrechos, municiones
 De la parte del Norte tras el muro,
 Que alto, sólido, grueso y reparado,
 No teme ser batido ó asaltado.

II

Mas el rey no descansa reforzando
 Aquí ó allí los flancos ó los fosos,
 Ya alumbre el áureo sol, ya estén brillando
 De estrella ó luna rayos más dudosos.
 Sin cesar nuevas armas fabricando
 Tiene á los operarios afanosos.
 Mientras en esto entiende, el impaciente
 Argante viene y dícele vehemente: